

TIFFANY CALLIGARIS

La  
SINFONÍA del  
UNICORNIO



minotauro

TIFFANY CALLIGARIS



# LA SINFONÍA DEL UNICORNIO

minotauro

© Tiffany Calligaris, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona

[www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-450-0920-8

Depósito legal: B. 20.217-2020

Preimpresión: Ediciones del Simio

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



## CAPÍTULO I

# LA LLEGADA DEL ATARDECER

Farah Clarkson cerró las puertas de sus aposentos con ansias de distanciarse del resto del castillo. De sus consejeros. De sus sirvientes. Incluso de su familia. La esplendorosa corona no era exactamente pesada, al menos no en lo que concernía al oro. Su verdadero peso residía en asegurar el bienestar de quienes estaban a su cargo.

El territorio que gobernaba no era demasiado extenso en comparación a los demás, pero llevaban una buena vida y su gente prosperaba. Muchos se referían a Snoara como a un encantador reino hecho de invierno. El clima frío y las montañas que lo rodeaban mantenían un paisaje nevado por gran parte del año. Pero era el majestuoso castillo de piedra blanca lo que le daba su aspecto de ensueño: las grandes torres que se elevaban saludando al sol tenían terminaciones de un azul que imitaba al cielo nocturno y su interior era tan extenso que formaba un pequeño reino en sí mismo. Era una construcción digna de reyes y reinas, de príncipes y princesas.

La familia real que lo habitaba era una joya custodiada por sus resistentes muros. Aland Clarkson y su reina Corliss habían sido soberanos queridos y padres de cinco hijos: Farah, Everlen, los mellizos Kassida y Keven, y Posy.

Farah recordaba a sus padres con tanta precisión que le pesaba en el corazón. La gentil voz de su madre, la forma en que las cejas de su padre se arqueaban cuando pensaba. Un accidente cuando viajaban en su carruaje se los había arrebatado sin siquiera darles la oportunidad de despedirse. Farah despertó un día nublado, no como heredera a la corona, sino como reina de Snoara. Desde entonces había pasado los últimos meses intentando cumplir con todas las responsabilidades que venían con aquel círculo dorado; las incontables reuniones con consejeros, nobles, terratenientes, sin mencionar sus esposas y damas con título.

Y luego estaban sus hermanos, quienes aún cargaban la pérdida de sus padres en los ojos. Everlen tenía diecinueve, era dos años menor que ella, y solía estar absorto en su propio mundo hecho de música y libros. Las pocas veces en las que había aceptado acompañarla a alguna reunión apenas había utilizado su voz. Kass y Keven tenían diecisiete. Kass era alegre y risueña, muchos la llamaban la joya de Snoara debido a su belleza. Su muñeca izquierda llevaba la marca de un unicornio, lo que la hacía aún más especial que su sangre real. Su mellizo Keven compartía sus delicados rasgos y disfrutaba atendiendo a todo tipo de eventos sociales y cortejando jovencitas. Y luego estaba la pequeña Posy con ocho años. Traviesa y testaruda. Ella era su prioridad cuando disponía de tiempo libre. Sabía que su madre hubiera querido que la cuidara con toda la dedicación que le fuera posible.

Farah abrió una de las ventanas dejando que el aire fresco lavara su rostro. Estaba cansada. Muy cansada. Y su día estaba lejos de terminar.

El atardecer traería invitados de las familias reales de otros reinos. Kass estaba comprometida con el príncipe Lim Glenshiel de Lonech, con quien se uniría en matrimonio al día siguiente. Sus padres lo aprobarían.

Lim había pasado varios veranos con ellos y su afecto por Kass era transparente y genuino. Muchos habían solicitado la mano de su hermana, por lo que aquella boda era su manera de protegerla y fortalecer vínculos con Lonech.

Ever coincidía en que era una buena elección. Al consultarle, incluso había dejado su lectura para acompañar sus palabras con una mirada de apoyo.

El sonido de un puño contra la puerta de madera reclamó su atención; su deseo de tener un rato a solas tendría que esperar hasta la noche. Ansiaba cambiarse al camisón blanco que una de sus damas había extendido sobre la cama y confinarse a la reclusión de su cama.

—¿Farah? ¿Estás ahí?

La voz de Kass cargaba ansiedad y entusiasmo.

—Puedes pasar —respondió.

Kass entró junto a dos perros blancos que la acompañaban pegados a sus talones. Cerró la puerta tras ellos con una risita. Ver a Kass era como levantar el rostro hacia un rayo de sol: el pelo dorado caía por su espalda en suaves olas, los grandes ojos verdes brillaban con buenas intenciones, las mejillas marcadas, los prominentes labios rosados y luego estaba aquella marca en forma de flor en su muñeca izquierda, la prueba de que un unicornio había cruzado su camino, obsequiándole un don con su cuerno espiralado.

Magus. Ese era el nombre que recibían las personas como ella. Pero Kass no tenía magia o nunca se había manifestado. Muchos creían que el don estaba en su belleza.

—¿Llegarán pronto? —preguntó.

—Seguramente antes del anochecer. ¿Estás nerviosa?

—Un poco —confesó Kass.

—Todo va a salir bien. Lim es una buena elección y os conocéis desde hace tiempo —respondió Farah—. Aceptar permanecer aquí durante un año fue muy galante de su parte. No muchos príncipes consentirían tal petición.

Kass asintió y se agachó para acariciar a uno de los perros. Llevaba un lindo vestido celeste con costuras de oro delineando el corsé y mangas con un estilo romántico que la favorecían.

—Es un gran alivio, no me siento lista para dejaros a vosotros o a este castillo. Snoara es mi hogar. —Hizo una pausa y agregó—: Lim fue muy generoso al aceptar quedarse.

—Esa libertad viene gracias a que es el segundo hijo y no el heredero a la corona —replicó Farah.

Una libertad que ella nunca conocería.

—¿Estás segura de que no es inapropiado que me case antes que tú? —preguntó Kass en tono casual—. Podemos posponerlo si lo deseas...

Farah negó con la cabeza y tomó las manos de su hermana menor.

—Esta es la mejor manera de protegerte y asegurar tu felicidad. La pérdida de nuestros padres nos debilitó frente a los ojos de los demás reinos, lo que significa que debemos fortalecer nuestras alianzas. Tu unión con Lim es un buen paso en esa dirección. —Hizo una pausa y agregó—: Además, ser reina es suficientemente demandante, no deseo un esposo.

Kass observó a su hermana de manera pensativa.

—Eres tan dedicada e inteligente. Y hermosa. Eres una gran reina. —Dejó escapar una risita—. Todos esos pretendientes que te presentó papá y nunca les diste más de unas horas de tu tiempo a ninguno. Espero que algún día conozcas a alguien que gane tu corazón y me permitas organizar tu boda.

—Gracias, Kass, pero por ahora debemos enfocarnos en la tuya.

Retrocedió hacia el gran sillón de fino tapizado grisáceo y le indicó a Kass que se sentara junto a ella. Su hermana no tardó en acomodarse entre los almohadones, acompañada por los dos animales de pelo blanco: Neve y Lumi. Sus padres se los habían obsequiado en la celebración del solsticio invernal unos años atrás.

—Quiero hablar contigo sobre algunos detalles del banquete de esta noche. Invitamos a varios miembros de las familias reales que

comparten el sur de Estarella porque sería descortés no hacerlo. Lo que no significa que sus palabras de paz y amistad sean genuinas. Inferness fue muy insistente en su propuesta de convertirte en la esposa del rey Landis, por lo que puedo anticipar que su presencia no será agradable. Intenta no cruzar caminos con él —dijo Farah.

—El dragón —susurró Kass.

Ese era el nombre que muchos le daban al joven soberano de Inferness. El dragón. Las historias contaban que cuando Landis tenía catorce años se aventuró en una cueva por accidente, topándose con un dragón negro que le dio el don del fuego.

—Landis te quiere porque tienes la marca del unicornio. Seguramente cree que una alianza entre los dos resultaría en más poder —Farah habló en tono serio—. Es sabido que no tienes magia, por lo que con suerte eso suavizará el golpe de que hayas elegido a Lim. Frente a sus ojos, no debes aparentar ser más que una hermosa jovencita.

Kass asintió y acarició la cabeza blanca que reposaba en su regazo.

—Con las familias de Glenway y Khalari será más sencillo. Los soberanos de Glenway son amables, aunque reservados. No escucharás demasiado de ellos. Y los de Khalari están agradecidos de que le hayamos abierto nuestra corte a Nalia por lo que será todo muy diplomático.

Farah se movió en su asiento, salpicando su pelo rubio por el respaldo. Tal como le había dicho su padre en varias ocasiones, la política seguía las mismas reglas que un juego de ajedrez: bastaba un solo movimiento incorrecto para dejar el camino abierto hacia el rey. O en su caso, la reina.

—Una cosa más, he contratado a alguien para fortalecer la seguridad de nuestro hogar hasta que las festividades terminen. Su nombre es Cinda Florian. Es una hechicera que viene de un reino lejano llamado Eira —dijo Farah—. Su trabajo es asegurarse de que no haya ningún tipo de amenaza contra ti o tus hermanos.

Los ojos de Kass se abrieron en sorpresa.

—¿Una verdadera hechicera? ¡Suenas asombroso! —exclamó—. ¿Cuándo puedo conocerla?

—Debió estar aquí hace dos días, pero el barco en el que viajaba quedó atrapado en una tormenta —se lamentó Farah—. En verdad espero que llegue hoy.

La puerta de la habitación se abrió sin advertencia previa y una cabeza con alborotados bucles castaños se asomó de manera decidida. Posy no tenía la costumbre de golpear puertas, simplemente las abría. La niña estudió la escena por un momento antes de entrar y unirse a sus hermanas en el sillón. Llevaba un camisón granate y unas botitas de invierno.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó.

—Del banquete de esta noche —respondió Farah atrayéndola hacia ella en un gesto afectuoso—. ¿Por qué llevas el camisón tan temprano?

—Es más cómodo que esos tontos vestidos.

Kass rio y extendió las manos para hacerle cosquillas a su hermana.

—¡No puedes pasearte por el castillo en camisón!

Esta respondió sacándole la lengua. Farah extrañaba los días en los que podía corretear con ellas por los diferentes salones sin tener que preocuparse por el funcionamiento del reino. En ese entonces sabía que algún día lejano heredaría el trono. Que todas esas clases extra con sus profesores y las partidas de ajedrez con su padre tendrían un buen uso. Lo que nunca sospechó era que aquel destino la alcanzaría tan rápido.

—Pronto el sol descenderá y tendremos que atender a nuestros invitados —dijo poniéndose de pie—. Kass, ve a terminar de prepararte mientras llevo a Posy a sus aposentos.

—Yo puedo hacerlo, hay tiempo suficiente —respondió esta tomando la mano de su hermana—. Te ves... agobiada. Tómate un rato y nos veremos abajo.

Farah le sonrió con tanto agradecimiento que sintió vergüenza. Aún no le había tomado el ritmo a todos los compromisos que exigía su agenda diaria, lo que la dejaba con un cansancio constante.

Besó las mejillas de Posy y le pidió que fuera una buena niña y no intentara escabullirse del banquete; esta respondió con una sonrisita que podría significar cualquier cosa.

Una vez que sus hermanas y los dos perros blancos desaparecieron tras la puerta, regresó a su lugar junto a la ventana. Los colores del sol estaban comenzando a deshacerse contra el horizonte; bajó la vista hacia el jardín nevado, imaginando las pisadas que lo llenarían en unas horas.

Los carruajes pronto se harían visibles trayendo todo tipo de personas a su hogar: amigos, enemigos, oportunistas.

Farah Clarkson se llevó una mano al pecho rogando estar preparada.